

Antonio R. Romera

El centenario de Eça de Queiroz



EN el mes de noviembre pasado se ha deslizado en forma bastante gris y clandestina el centenario de uno de los escritores peninsulares más dignos de recordación. La posteridad no ha sido justa, en efecto, con la prosa volteriana y sarcástica del escritor lusitano. ¡Características de unos tiempos en los cuales voces más perentorias, pero más espurias también, reclaman nuestra atención!

José María Eça de Queiroz tuvo el raro mérito de renovar el campo literario de su patria. Su espíritu abierto a todos los vientos de la inquietud se asomó con fervor admirable hacia nuevas formas de la expresión literaria, tomó de ellas lo que ellas le ofrecían de inédito y lo maridó con su propia visión creadora.

En su obra brilla como una constante definidora la dual incorporación de esos impulsos. Lo autóctono, lo propio, lo que le da el ambiente y el medio en el cual se desarrolla, y además, como necesario complemento, la sensibilidad de los maestros renovadores de la estética. El autor de *La Reliquia* supo dirigir sus miradas hacia ejemplos magistrales.

Pero no nos adelantemos.

Los años juveniles del escritor son años de inquietud en medio de un grupo de elegantes y despreocupados muchachuelos

procedente de las más linajudas familias del país. Eça de Queiroz desentona un poco al lado de estos amigos alborotadores. Sus padres son modestos. Pertenecen a la clase media ilustrada. El futuro novelista ha nacido en una aldehuela de pescadores, en la risueña y graciosa Pova de Varzim. El blanco pueblecito parece engarzado en la lámina verde esmeralda del Atlántico.

Su origen se ha prestado a diversas interpretaciones. Dos pueblos vecinos se disputan la gloria del maestro. A lo que parece Eça de Queiroz fué, como Leonardo da Vinci y como Eugenio Delacroix, fruto de un romance de amor. La similitud de su nacimiento con el del gran pintor vinciano no deja de parecer singular. Queiroz fué sacado también clandestinamente del hogar de sus padres y llevado a una aldea próxima. Aquel hogar estaba, según las más completas averiguaciones, en la citada población de Pova de Varzim. Los testimonios a este respecto parecen ahora irrefutables.

Estudió más tarde en la universidad de Coimbra. En la histórica ciudad beirense recibió el magnífico influjo de un grupo selecto de compañeros que más tarde habría de constituir en cierta manera la generación renovadora, equivalente a la famosa pléyade española del «98». Su visión del mundo se fué trazando con arreglo a unos módulos determinados y comenzó a desdeñar lo convencional y lo solemne. Para el núcleo de Coimbra, formado fundamentalmente por Antero de Quental, Alberto Sampaio, Fonseca, Castello-Branco y Eça de Queiroz, el espíritu imponía su dominio y su jerarquía sobre cualquier otra razón estimativa.

Esta generación de hombres puros y rebeldes aspiraba a una transformación radical de la vida portuguesa, y lo que distingue precisamente su hacer es el fervor y el apasionamiento con que el grupo coetáneo mantiene sus ideas, incluso en medio de los avatares posteriores. Hay algo en ella que no ha sido visto por quienes han estudiado las características ideales y filosóficas de la generación del 98. Me refiero a la influencia marcada

sobre Miguel de Unamuno, más importante en definitiva que otras muchas señaladas con cierta reiteración.

Su lucha fué recia. Incluso tropezó con el legalismo frío de los estamentos gubernativos cuando, junto al grupo de amigos dilectos, intentó definir para un núcleo de jóvenes inquietos las nuevas tendencias del arte. Pero el escritor había ya conquistado numerosos secuaces y sus ideas eran el camino a una nueva sensibilidad.

Eça de Queiroz sintió desde muy joven la atracción de la cultura gala. Su descubrimiento de los escritores naturalistas tuvo en su formación una decisiva importancia. Los novelistas del siglo XIX principalmente Zola, Honorato de Balzac y Gustavo Flaubert, abrieron perspectivas a su concepción estética. Pero Queiroz leyó también abundantemente a los moralistas, a Pascal, a Montaigne, a La Bruyère y a los grandes satíricos, como Voltaire.

El autor de *La ciudad y las sierras* tiene en su obra de juventud, empero, algunos restos del romanticismo decadente y místico que todavía señorea la novela lusitana. En esta época es con verdad más sentimental que escéptico, más risueño que mordaz. Es, desde luego, el primero de los escritores nacionales capaces de sacudirse con gesto audaz la opalanda del sentimentalismo típico y saudadoso portugués, aun cuando en su obra no dejemos de advertir el fermento racial.

Bajo la advocación estética de aquellos maestros su arte va adquiriendo un perfil definitivo. Rechaza violentamente el vago sentimentalismo y se adscribe a las tendencias naturalistas bebidas en los autores franceses. En su prosa zumba, sin embargo, el eco del humor latino mezclado a la sorna lusitana, sorna hecha de morriña y de saudade, humor suave y tierno, sin asperezas, pero escéptico e incrédulo. Su obra se nimba así de la sátira combativa: castiga, fustiga, satiriza, pero al mismo tiempo se complace en cantar el embrujo bucólico de los campos,

como se puede advertir en forma magnífica en aquella citada novela.

* * *

Esta es, en definitiva, la doble raíz del estilo queiroziano. Su obra, nacida en la segunda mitad del siglo XIX, está entroncada solidariamente con las inquietudes más avanzadas de su tiempo. Así Eça de Queiroz rompe con la tradición literaria, que prolongaba el murmullo agónico de un romanticismo anacrónico, y penetra en forma tumultuosa en los nuevos campos del naturalismo, viendo las cosas, como preconizaba Zola, a través del temperamento.

Sólo él con su genio, con la inquietud de su espíritu, con la fuerza incontenible de una prosa recortada de conceptos añejos, abillantada por la nueva sensibilidad, dió a la literatura de Portugal una nueva y más profunda dimensión.

Su estética es expuesta en una famosa conferencia con el título de *Afirmación del realismo como nueva expresión del arte*. En ella apunta la reacción contra lo falso y lo convencional, contra los excesos del *pathos* y pide someter la pupila a la realidad ambiente. Esta conferencia y todas las demás organizadas por el grupo del «Casino», especie de sociedad literaria, fueron unos tremendos aldabonazos que sonaron en la conciencia adormecida de los perezosos. Junto al grupo mordaz e inquieto, junto a Camilo Castello-Branco, Antero de Quental, Adolfo Coelho, Oliveira Martins y Teófilo Braga, José María Eça de Queiroz era el más audaz y el más dinámico. Era también el que tenía una conciencia más penetrada de su misión en la literatura. Si Oliveira fué el ensayista y Coelho el pensador, no cabe duda que la figura máxima en la creación novelesca es Queiroz. Las conferencias fueron prohibidas cuando Adolfo Coelho pronunció la suya sobre *La cuestión de la enseñanza*.

De toda la pléyade coetánea Eça de Queiroz fué el europeo.

Sus compañeros tuvieron una mayor conciencia nacional. Fué el que residió más tiempo en el extranjero, hasta el punto que muchas de sus novelas fueron escritas en Bristol y en París. Europeísmo que si resalta junto a unos escritores de esencia vernácula, no deja de ser, en términos generales, muy relativo. Europeo por la inquietud de ensanchar su obra con dimensiones extranacionales y porque contempló con ojos comprensivos la cultura y el espíritu universalista de su época. Mas también, portugués dotado de fuertes sentimientos vernaculares.

Es indudable que el siglo XIX conoció una pléyade de espíritus selectos que fueron rebeldes y liberales, que no transaron nunca con los prejuicios ni con el convencionalismo de la época y que supieron encerrarse en su propia vida anímica. Pero, sobre todo, ellos supieron ser muy universales, sin mengua de un sentido acusado de lo nacional.

Por eso el reproche de afrancesamiento, que tanto se le ha dirigido, es verdadero a medias. Es cierto que Eça de Queiroz tomó de sus contemporáneos franceses muchos elementos, tomó la técnica y la manera de llevar la realización material de sus obras. Su espíritu es, empero, muy portugués; más todavía lusitano. Si el novelista miraba a Europa con los ojos de la razón y de la reflexión, su instinto era atlántico, oceánico. Algo se aproxima a la verdad Alberto d'Oliveira cuando afirma que el naturalismo del escritor era postizo. Es decir, aprendido, evolucionado, y las tendencias de su imaginación y su ironía, románticas.

Su humor es enteramente lusitano. El escritor no puede negar la raíz psicológica y temperamental de la sátira, y aunque a veces incide en el sarcasmo destructor e iconoclasta, se salva por la suavidad que resplandece en sus más logradas páginas.

Su estilo es brillante, armónico, musical, pero el jefe de la escuela naturalista empañó la tersura admirable de su prosa con frecuentes galicismos. Castigó incisivamente a la sociedad de su tiempo y fustigó las costumbres de la burguesía lusitana con

verbo relampagueante e irónico. En cambio en alguna de sus últimas novelas se encuentran páginas de un encanto bucólico y patriarcal nunca exento de sentimiento.

* * *

José María Eça de Queiroz tenía una silueta estilizada. Las fotografías lo muestran vestido de levita y elegantemente guanteado, con sombrero de copa y corbata de plastrón. Las caricaturas acentúan estos rasgos y hacen en el arabesco de los cartones de Bordallo la cifra gráfica y escueta del novelista. Los rasgos del rostro son angulosos, la nariz curvada violentamente sobre un negro y recortado bigote; las manos finas, el gesto amable y acogedor.

Pero lo que resalta de preferencia en esta silueta *fin-de-siècle* es el relampagueo impertinente del monóculo y el brillo amplio de la sonrisa. Para Enrique Díez-Canedo el escritor estaba definido con plenitud en esa sonrisa y en el monóculo. Ella era el espíritu alado y sutil; el espejuelo brillante e impar, la lente deformadora y caricaturesca con la cual recogía, transportándolas de tono, las cosas vistas. Hace una mueca el escritor a nuestro siglo y su espíritu parece prolongarse en la ironía de su gesto.

Desempeñó el puesto de cónsul lo que le permitió conocer ambientes exóticos. A raíz de su conferencia literaria el ministro de Relaciones Exteriores retuvo su nombramiento diplomático conseguido en brillante concurso, por estimar que su espíritu liberal estaba en contradicción con las ideas imperantes. Se le reprochaba, sobre todo, al novelista su antirromanticismo, hasta el punto que ello parecía desacato en las esferas gubernamentales. «Si yo hubiera sabido que no se podía ser naturalista y aspirar a la diplomacia hubiera rogado a Romeo que me sustituyera en el concurso», escribió con pluma aceda.

Su actuación política fué de pocos alcances. El nombre de Eça de Queiroz está unido a la evolución del pensamiento polí-

tico, social y literario de su país, aunque no actuó personalmente en la política, sobre todo cuando las funciones de la diplomacia le permitían apenas una acuciosa actividad literaria.

No fué extraordinariamente fecundo, mas su obra vale en definitiva por la intensidad que en ella palpita. Murió prematuramente en París en donde ejercía el cargo de cónsul.

En *La Reliquia* describe admirablemente paisajes que no ha conocido y combate de manera sarcástica las intransigencias y las supersticiones religiosas. En *El misterio de la carretera de Cintra* traza un apasionante folletín policíaco escrito apresuradamente en el cual resaltan las dotes novelescas e imaginativas del maestro. Eça de Queiroz lo definió como la idealización de la catástrofe y el encanto terrible de las desgracias del amor. Escribió además *La Ilustre Casa de Ramírez* y *Los Mayas* en cuyas páginas se advierten en forma espléndida y a veces excesiva las dotes satíricas del autor. *El crimen del Padre Amaro* puede parangonarse con *La Reliquia*. Queiroz sentía por ella mucha estimación y la creía superior a casi todas sus otras obras. *El crimen del Padre Amaro* fué, en efecto, la novela en la cual aplicó más concienzudamente el método de la observación.

La ciudad y las sierras es su obra de madurez y supone una vuelta al tema natural y a la observación directa de las cosas. Supone también el triunfo del sentimiento sobre el intelectuallismo. Es éste un libro que rezuma toda la dulzura y la saudade portuguesas. El autor describe los paisajes de su región natal con los ojos fatigados de visiones exóticas, y las estampas surgen así con encantadora ternura provocada por la naturaleza de sus años infantiles. Escribió también *Vidas de Santos* y *El primo Basilio*. Esta última es la contribución novelesca de Eça de Queiroz a los problemas sociales de la época. Es obra de tesis y, según la opinión de Camilo Castello la más doctrinal y la más perfecta, muy próxima al libro de Flaubert, *Madame Bovary*.

Su ironía se despliega espléndida y aguda en *El epistolario de Fradique Mendes*, «Biblia de una generación», según Ricardo

A. Latcham. En el Epistolario se advierte mejor el espíritu demolidor del maestro, su afán por la paradoja, hasta el punto que sacrificarlo todo a una frase ingeniosa parece su ley. El mismo se fustigó: «Yo apenas si soy un pobre hombre de Povoia de Varzim», escribió en *Notas contemporáneas*.

Antonio de Cabral, que lo ha estudiado en una biografía de poco vuelo distingue en la obra del novelista cuatro períodos. El primero está señalado por un anhelo romantizante, sentimental y místico. En una carta de Eça de Queiroz se puede confirmar este período señalado por las páginas inquietas de *Prosas Profanas*. «En aquellos tiempos—dice—, conforme a la fórmula del Evangelio, el romanticismo estaba en nuestras almas. Hacíamos oración delante del busto de Shakespeare».

El siguiente período está caracterizado por el nervio demolidor del maestro, por su mordacidad. Abandona el romanticismo al que condena en su conferencia y se entrega al realismo. En la etapa del influjo de los escritores franceses, Eça de Queiroz imprime a su obra un ritmo distinto característico del tercer período. El cuarto es el período del remansamiento y de la madurez. El escritor ha perdido mucho del escepticismo volteriano de la juventud y la exclusiva preocupación estética le permite trazar sus más bellas páginas. Es la entrada en una esfera más serena y pura.

Uno de sus biógrafos ha dicho: «Vivirá en la mente de todos los que le conocieron, en el corazón de todos los que le amaron, en la admiración de todos los que le oyeron, en el entendimiento de todos los que le han de leer, mientras se escriba y se hable en la tierra la lengua portuguesa».

Así es, en efecto. Queiroz obró siempre como un artista completo. Dió a la lengua patria nuevos y más puros matices; la renovó y la vigorizó. Se mostró, en definitiva, como un precursor de una sensibilidad inédita con la que habrían de triunfar escritores posteriores influídos por el autor de *Los Mayas*. Entre estos escritores están Miguel de Unamuno quien desde

Salamanca supo atisbar el movimiento renovador de la literatura queiroziana, y Marcel Proust, en cuya obra se adivina el brillo de algunas gemas del ingenio y del humor del lusitano. Precisamente en una crónicas escritas imaginativamente desde Chile, dice con un estilo que parece proustiano, al hablar de un salón visitado por Sarah Bernard, «hay mamás gordas de nariz pensativa» y luego: «papás que pasan sobre la calva una mano lenta que la ansiedad humedece».

Fué un artista cabal. Hizo de su arte lo que había preconizado al definir la belleza: «Bajo el manto diáfano de la fantasía, la desnudez fuerte de la verdad».